

- 1) Demostró que era viable un sistema constructivo de calidad y sismo-resistencia, para resolver el déficit de vivienda y hacerlo con una significativa participación comunitaria, en la medida que esas comunidades sentían respetada su tradición.
- 2) Evidenció el valor profesional y académico del re-aprender-aprender.
- 3) Aportó el concepto integrador de tecnocultura.
- 4) Aclaró que una “tecnología apropiada” no era aquella promocionada (desde los años 1980), cuando se estimularon tecnologías de tercera, para problemas de primera, en pueblos considerados de segunda, sino que la aceptación social de una tecnología, es lo que define si es o no apropiada: es decir aprehendida.
- 5) Señaló que en la docencia debía superarse el sobre uso de la “O” (excluyente), para pasar a la función evolutivamente creadora de la “Y” (incluyente).
- 6) Ayudó a entender que la ecuación modernismo=exclusión, era uno de los efectos del poder letrado, sobre la tradición arquitectónica y tecnocultural de las sociedades orales, consideradas a-históricas, simplemente por no saber manejar esos signos que llamamos letras (existen grabados de mediados del s. XIX, donde se muestra a un pensativo académico francés, en medio de una penosa lluvia y empinada cuesta colombiana, llevado en una silleta amarrada a la espalda de un indígena).

Podría decirse, lícitamente, que equivale a la imposición de la hegemonía de la espacialidad letrada sobre el espacio oral.

Es significativo que hoy, noventa y cuatro años después que el movimiento moderno en arquitectura, (alcayutado por los CIAM - Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna y bendecido por la indiscutible autoridad de la Bauhaus), postulase la validez de

una arquitectura internacional, es decir un diseño comodín, (válido para Moscú o Tarapoto, para Cali o Alaska, para Chachapoyas o París)...se escribía, 94 años después de la Bauhaus y 522 años después del desembarco de Colón, en la “XIV Bienal de Arquitectura de Venecia”, recién clausurada, bajo la curaduría del premiado arquitecto holandés Rem Koolhaas, se invitó a que arquitectos seleccionados de 19 países, indagasen sobre el porqué de la pérdida, invisibilidad o anulación de las “características nacionales” en la arquitectura moderna. Se postuló que debía investigarse, (no conozco, si como problema de diseño ambiental), lo que se llamó los “fundamentals”.

En verdad, (reconociéndose la validez de la sabiduría popular del “más vale tarde que nunca”), aquel fenómeno de exclusión de valores tecnoculturales y ambientales, realmente arrancó en 1492. Puede decirse que se produjo (¿con lo cual se validó la sorpresa en el devenir histórico?), cuando Europa apareció en estas Nuevas Tierras,

con navegantes y marineros singularmente confundidos.

Rápidamente el prototipo colonial de casonas de haciendas (un nuevo simbolismo, espacialidad, materialidad y temporalidad, adaptado al clima cálido seco del sur de España y del norte del África y apuntalado en el poder de la tecnología del hierro), de un tajo marcó nuestra primera etapa de modernidad. De repente, desde Yucatán se escuchó este lamento: “Castrar el sol. Eso vinieron a hacer aquí los extranjeros (...) se pusieron los cimientos de la Iglesia Mayor, la casa de aprender en lo oscuro (...) Grandes recogedores de madera, grandes recogedores de piedras, los gavilanes blancos de la tierra” (Chilam-Balam).

Sin mediar debate, a golpe de acero, poder letrado y bajo el terror de la viruela, se subvaloraron las arquitecturas locales, adaptadas a diversas tecnoculturas, geografías, climas y cosmovisiones.

Este fenómeno de dominación, exclusión, educación lineal y fragmentación, se agudizó (el espacio



3. Para la fijación de la mezcla se puede emplear yute o costales de cabuya.